

siones que á el tenian los aragoneses, que podian prometerse su ocupacion á mano armada.

En esta paz quedó estipulado que Fernando de Nápoles pagaria perpétuamente un tributo de ocho mil onzas de oro, que debian ser presentadas al Sumo Pontífice con la hacanea.

Habiéndose, empero, mostrado Fernando infiel á su palabra, fué excomulgado, y la córte romana llamó al trono á Cárlos VII, rey de Francia, que había sucedido á toda la descendencia masculina del anciano Renato, el cual había fallecido en 1480. Su generoso hijo, Juan, que, como el hijo de Fernando de Nápoles, llevaba el título de duque de Calabria, correspondiente aun en la actualidad al de heredero presunto de aquel reino, había dejado de su matrimonio con María de Borbon, dos hijos, Juan y Nicolás, muertos en la niñez. Una hija de Renato, Viólante, había casado con Ferry, conde de Vaudemont, de cuyo matrimonio había nacido Renato II, duque de Lorena, que, por muerte de sus primos, Juan y Nicolás, heredaba en apariencia todas las pretensiones de la casa de Anjou al trono de Nápoles. Pero el anciano Renato creyó deber privar á Renato II de esta herencia y darla á uno de sus sobrinos, Cárlos de Anjou, conde del Maine. Monstrelet dá una clara explicacion de estos pormenores. Las pretensiones que Cárlos VIII rey de Francia, hijo de Luis XI, hizo valer sobre el reino de Nápoles, se las había transmitido Cárlos, conde del Maine, que había legado todos sus derechos á Luis XI y á sus descendientes.

Los venecianos, los florentinos, y casi la Italia entera, se oponian á tales pretensiones, alegando que el reino de Nápoles era un feudo femenino *sin ley sálica*, y que mientras quedase un descendiente en línea recta del último soberano, hasta por parte de las mujeres, los colaterales no podian tener en él algun derecho; y en su consecuencia persistian en reconocer á Renato II, injustamente despojado según decian, por Renato I, su abuelo materno. Por otra parte, Fernando, hijo de Alfonso el Magnánimo, sostenia que los derechos de la casa de Anjou estaban sólidamente fundados en una adopcion intermedia, firmada por Juana II, si bien revocada posteriormente, y en la posesion actual y positiva. En tal estado de cosas, solo las armas podian decidir esta cuestion.

En aquel tiempo, Inocencio queria extinguir el fuego de la gue-

rra en la Gran Bretaña. Existían en este reino graves discusiones para la sucesión al trono entre las familias de Lancaster y de York. El papa confirmó los derechos de la primera, y concedió dispensas para destruir el impedimento de matrimonio que existía entre Enrique VII é Isabel, heredera del duque de York. De este matrimonio nació Enrique VIII, de funesta memoria.

Un antiguo obispo apóstata había resucitado en Bohemia la herejía de los husitas. Inocencio logró atajar este cisma que, desgraciadamente para la religión, reapareció aunque modificado, en tiempo de Lutero.

En 1487, Inocencio renovó con el dux Agustín Barbarigo el tratado anteriormente concluido entre su hermano Marco y la Iglesia romana. Bien pronto, viendo que los turcos avanzaban de nuevo hacia Alemania, y que hasta el tirano Bocoloni les había franqueado á Osimo, en Italia, el Papa publicó una guerra santa, cuyo mando confirió al emperador Federico.

Ejecutabanse las sentencias de muerte de los tribunales romanos en la roca Tarpeya, y hasta en el Capitolio; mas, por razones que creyó oportunas, Inocencio mandó que las ejecuciones tuviesen lugar en la plaza del castillo de San Angelo, á la entrada del puente que á esta fortaleza conduce.

Los príncipes de Europa continuaban viviendo en una mala inteligencia deplorable. El rey de Hungría, confederado con Fernando de Nápoles, le sostenía contra el Papa. Maximiliano, rey de los Romanos, guerreaba con el rey de Francia. El de Polonia atacaba las posesiones de los caballeros de Prusia; Juan, rey de Dinamarca, vivía en discordia con los príncipes de su reino; el duque de Calabria ocupaba una parte del patrimonio de San Pedro; los duques de Bracciano habían usurpado á Perugia, y los güelfos y gibelinos se declaraban una guerra implacable. Urgía mas que nunca hacerla á los turcos, no solo para poner á raya su pujanza, sino para restablecer la paz entre los cristianos. Estas divisiones, discordias y rivalidades, estos sistemas de envidia y de usurpación, explican las catástrofes de los imperios. Apenas se levanta un conquistador, cuando los ánimos se dividen, allanándole el camino la ridícula ambición de los potentados, sus enconos y sentimientos vengativos, preparando estas discordias los triunfos del advenedizo

extranjero que todo lo pacifica poniéndolo todo bajo un mismo yugo. De esta manera perdieron los emperadores griegos su capital; de esta manera Italia hubiera sido conquistada, si Dios no hubiese mirado por la salvación de la Península y del Estado pontificio.

Suscitóse á la sazón una nueva discordia entre el Papa y Fernando de Nápoles. Habiendo convidado este príncipe á un banquete á los barones del reino, que en la precedente guerra se habían declarado por los intereses de la Iglesia, hizo arrojar al mar á todos estos desgraciados; y para encubrir tan horroroso crimen, mandaba que les diesen de comer diariamente, fingiendo tenerlos encerrados en una fortaleza. Este príncipe se entregaba, además, á los mayores excesos en la administración de su reino. El día de San Pedro, citóle el Papa ante su tribunal, so pena de excomunión si antes de dos meses no comparecía. Lleno de ira Fernando, amenazó invadir el territorio romano: esta fué su postrer amenaza. Inocencio le declaró destronado, y llamó formalmente á Carlos VIII para reemplazarle, como heredero de los derechos de Renato I de Anjou.

Agradecido Inocencio á los eminentes servicios prestados por Pedro de Aubuson, gran maestre y salvador de Rodas, le confirió la púrpura cardenalicia. Distinguiase, dice Novaes, lo mismo como prelado, que como héroe. Cuando la promoción de este varón esclarecido, el Papa nombró también cardenal á Juan de Médicis, Papa después bajo el nombre de Leon X.

En el entretanto, una discordia imprevista tenía divididos los ánimos en la corte turca de Constantinopla. Mahometo había dejado dos hijos, los cuales se disputaban el trono. Dgem hacia valer, para suceder á su padre, una pretensión anteriormente abrigada por los príncipes griegos de Bizancio. Era *porfirógénito*, ó nacido en las salas de pórfiro, es decir, en el palacio de Constantinopla, durante el reinado de su padre, y por esta circunstancia, se creía con superior derecho al de su hermano mayor que, en su concepto, era hijo de un simple guerrero, y nacido tal vez bajo una tienda de campaña. Tan pueril distinción había sido suficiente en un país, dominado todavía por las sutilezas de los griegos, para que se dicese confiar esta cuestión dinástica á la suerte de las armas. Pero en un Estado despótico el único derecho real es el que se funda en la fuerza.

Dgem habia combatido, y derrotado fué á pedir asilo á los caballeros de Rodas. Estos le habian enviado á Francia. Todos los enemigos de su hermano se lo disputaban para ponérsele al frente de un ejército, tales como Cait-Bei, soldan de Egipto, Matias Corvino, rey de Hungría, el mismo que habia tenido la gloria de detener á Mahometo II en medio de sus conquistas; Fernando hijo de Alfonso el magnánimo, rey efectivo de Nápoles, si se desestimaban las pretensiones de la Francia. Por otra parte, Bayaceto escribia á Carlos VIII que reclamase á Dgem. El consejo habia resuelto enviar el príncipe turco á Inocencio, determinacion hija del prestigio de que disfrutaban los papas y de la confianza que inspiraban. En efecto, marchóse Dgem á la capital del orbe cristiano. El dia en que efectuó su entrada, un embajador del soldan de Egipto, que se encontraba en Roma, le salió al encuentro, y besó los piés de su caballo. Cuando fué presentado al papa Inocencio, el príncipe apoyó sus labios en el hombro derecho del Pontífice. ¡Singular entrevista la de un príncipe turco, pretendiente al trono, y pidiendo asilo al jefe de la cristiandad!

Desde Carlos I de Anjou, hermano de San Luis, desde Felipe y Carlos de Valois, los papas, los barones napolitanos, los toscanos, los venecianos, los lombardos y los genoveses, habian procurado atraer á los franceses á Italia casi cada diez años. Luis I, Luis II, y Luis III, de la primera casa de Anjou, el rey Renato, su hijo el duque de Calabria, y Renato de Lorena, venian personalmente, ó representados por lugartenientes, á intentar la conquista del reino de Nápoles con tropas francesas y aliados italianos. Finalmente, Inocencio habia declarado de nuevo la guerra á Fernando de Nápoles, llamando en su ayuda á Carlos VIII, heredero de todos los príncipes franceses y uniendo á sus derechos los que resultaban de la donacion del conde de Maine. Otros publicistas contemporáneos, prescindiendo por completo de esta donacion, pretendian ser suficiente que la rama de los Valois, á la cual pertenecia Carlos VIII, estuviese emparentada con la primera rama de Anjou y lo probase remontando al tronco comun; entre Luis el Leon y Carlos VIII habia tan solo un intervalo de doscientos cincuenta y siete años ó sean, nueve generaciones.

Dgem se hallaba, pues, en Roma, en donde habia recibido del

Papa una pomposa acogida, y Carlos VIII, iba á empezar su expedicion. En este intervalo de tiempo, Bayaceto intentó envenenar á Dgem y al mismo Padre Santo. El sicario que habia prometido cometer el crimen, se llamaba Cristóbal Macrino. Habia sido expulsado de Roma y permanecia en Constantinopla. Desde esta ciudad fué enviado á Roma; mas, apenas entró en ella, cuando fué detenido, juzgado y sentenciado al suplicio reservado á los envenenadores.

En 1482, el Papa recibió la noticia de la toma de Granada, que al propio tiempo anunciaba la extincion del mahometismo en España.

En aquel entonces presenció Roma un prodigio de erudicion. Pico de la Mirándola que á la sazón tenia 24 años, propuso nuevecientas cuestiones sacadas de los autores griegos, latinos, hebreos y caldeos, y directamente relacionadas con todas las ciencias. Pero varios puntos de estas controversias parecieron contrarios á las doctrinas de la Iglesia, lo cual dió motivo á que el Padre Santo condenase esta clase de discusiones y la obra en que se hallan consignadas.

Pero bajo el pontificado siguiente, estas obras que, segun todas las apariencias, habian sido corregidas, fueron aprobadas por una bula de 13 de Junio de 1493.

El Pontífice revolvia en su mente nuevos esfuerzos para propagar la religion; pero se hallaba aquejado de graves dolencias que le llevaron al sepulcro en 26 de Julio de 1492, despues de haber gobernado la Iglesia por espacio de siete años, diez meses y veinte y siete dias. Fué enterrado en el Vaticano. Bajo este pontificado descubrió Cristóbal Colon el nuevo mundo.

Inocencio tenia un aspecto distinguido y su estatura era elevada y elegante. Gustaba de aliviar ajenas cuitas y estrechezes y era aficionado á estimular con dádivas y mercedes á los hombres de letras.

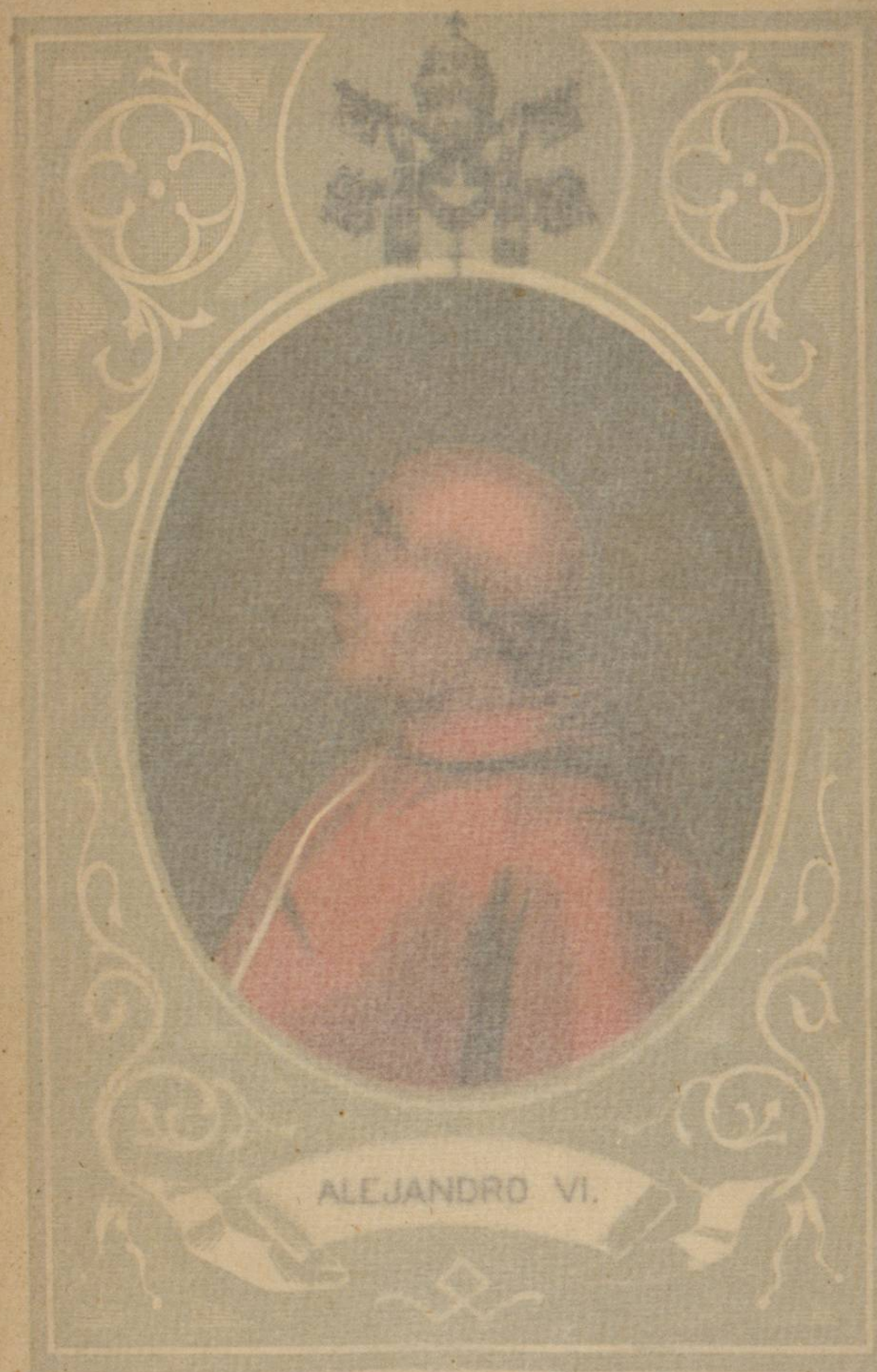
Antes de abrazar la carrera eclesiástica, habia casado con una napolitana, y dos hijos suyos aun vivian cuando fué nombrado Papa. Uno de ellos, Francescheto, fué enriquecido por su padre de una manera intachable. Se le ha achacado la creacion y subsiguiente venta á subido precio de nuevos cargos; pero preciso es venir en la necesidad de estos cargos, y tampoco se puede negar,

en honor de la verdad, que las necesidades crecientes de la Iglesia habian agotado hasta tal punto el tesoro, que la tiara principal, adornada de preciosa pedrería, habia tenido que ser empeñada por una suma considerable en manos de varios comerciantes de Roma.»

»El cónclave reunido para dar sucesor á Inocencio VIII se componia de veinte y tres cardenales, los cuales en 11 de Agosto de 1492, eligieron á Roderico Lenzuoli Borgia, cuya madre era hermana del papa Calixto III. En su advenimiento al trono pontificio tomó el nombre de Alejandro VI. Habia nacido en Valencia de España en 1.º de Enero de 1431. Es el tercero y último hasta ahora de los Papas españoles. (El primero fué San Damaso, y el segundo Calixto III.) Por su tío el papa Calixto habia sido creado obispo de Valencia, y despues en 1456 cardenal diácono de San Nicolás *in carcere*. La ceremonia de la coronacion de Alejandro se verificó en 26 de Agosto y en el mismo día tomó posesion solemnemente de San Juan de Letran. Un accidente desgraciado vino á perturbar aquella fiesta: mientras el Papa se hallaba delante del altar, cayó desmayado en brazos del cardenal de San Jorge, lo que causó una grande agitacion en la multitud que llenaba los ámbitos del templo. Afortunadamente volvió en sí á los pocos momentos.

»No tuvo Alejandro VI tan solamente el nepotismo de familia, sino el de patria. Uno de sus primeros cuidados fué erigir en metròpoli su antiguo obispado de Valencia, dándole á César Borgia, su hijo, que era obispo de Pamplona.

»Algunos escritores, lijeros en juzgar, han presentado al Papa Alejandro VI como un mónstruo de maldades, abultando de un modo considerable defectos que verdaderamente tuvo y ocultando al propio tiempo grandes cualidades que en él resplandecieron. Basta fijar la atencion en sus hechos para convencernos de que si no resplandecieron en Alejandro las grandes virtudes que adornaron á la mayor parte de los Vicarios de Jesucristo, tampoco hay motivos para pintarle con los mas negros colores. Jesucristo no escogió ángeles, sino hombres para regir y gobernar la Iglesia. ¿Por qué, pues, nos hemos de admirar de que haya un Pastor que se separe del camino de la justicia? Por otra parte, debemos admirar el órden de la Providencia, que no ha permitido que ningun Papa



la falta de la verdad, que las necesidades crecientes de la Iglesia
 exigían, y por lo tanto el papa el tesoro que la tiara principal,
 y el resto de la corona papal, había tenido que ser empeñada
 por el papa para proporcionar en parte de varios comerciantes de
 Italia.

Después de haber dado sucesor a Inocencio VIII se com-
 pletó el pontificado de este papa, los cuales en 11 de Agosto
 de 1501 se coronó a Rodrigo Lenzuoli Borgia, cuya madre era
 hermana del papa Calixto III. En su advenimiento al trono pon-
 tificó con el nombre de Alejandro VI. Había nacido en Valencia
 de España en 1.º de Enero de 1431. Es el tercero y último hasta
 ahora de los Papas españoles. (El primero fué San Damaso, y el
 segundo Calixto III.) Por su tío el papa Calixto había sido creado
 obispo de Valencia, y después en 1456 cardenal diácono de San
 Nicolás *in carcere*. La ceremonia de la coronación de Alejandro se
 verificó en 26 de Agosto y en el mismo día tomó posesión solem-
 nemente de San Juan de Letran. Un accidente desgraciado vino á
 perturbar aquella fiesta: mientras el Papa se hallaba delante del
 altar, cayó desmayado en brazos del cardenal de San Jorge, lo que
 causó una grande agitación en la multitud que llenaba los ámbitos
 del templo. Afortunadamente volvió en sí á los pocos momentos.

No tuvo Alejandro VI tan solamente el nepotismo de familia,
 sino el de patria. Uno de sus primeros cuidados fué erigir en me-
 moria de su antiguo obispado de Valencia, dándole á César Borgia,
 su hijo, que era obispo de Pamplona.

Los papas de este siglo, desde su lugar, han presentado al Papa
 como un hombre unido á un número de maldades, abultando de un
 modo extraordinario defectos que verdaderamente tuvo y ocultando
 también otros grandes cualidades que en él resplandecieron.
 Pero la atención en sus hechos para convencernos de que si
 no se presentaron en Alejandro las grandes virtudes que adorna-
 ron á la parte de los Vicarios de Jesucristo, tampoco hay
 motivo para pintarle con los más negros colores. Jesucristo no
 envió á pastores, sino hombres para regir y gobernar la Iglesia. ¿Por-
 qué pues, nos hemos de admirar de que haya un Pastor que se
 separe del camino de la justicia? Por otra parte, debemos admirar
 el orden de la Providencia, que no ha permitido que ningún Papa

